

## Un laborioso alumbramiento

Alfonso López Michelsen

Mi infancia transcurrió en la Sabana de Bogotá y en zonas cafeteras aledañas a la Capital. Durante las vacaciones de fin de año íbamos a pasar dos meses fuera de Bogotá en las haciendas de mis abuelos. La una estaba situada en las estribaciones de la Cordillera Oriental y, la otra, en la vía de Bogotá a Girardot, próxima al paradero de "La Esperanza". La mayor diversión, en una época en que las piscinas eran escasas y se les conocía con el nombre de albercas, era zambullirnos en aguas heladas donde, salvo en los raros días soleados, era una hazaña permanecer por mucho tiempo. Siempre recuerdo la concentración mental que precedía a la decisión definitiva de lanzarse, desde lo alto de una roca o de un trampolín, a la parte profunda de la alberca. Gentes hay que, sin parar mientes en la temperatura del agua, se clavan de cabeza en lo más helado del pozo. Otros, como es mi caso, prueban primero con la punta del dedo gordo qué tan fría está la piscina, y se cercioran con quienes ya se han zambullido sobre lo riguroso del frío. Traigo esta evocación a propósito del oficio de escritor porque se me antoja que, del mismo modo como ciertos nadadores prescindían de cualquier proceso mental antes de hacer su clavado, muchos escritores, en particular los periodistas que tienen que mantenerse alertas para comentar la última noticia, no necesitan de ningún estado de ánimo previo a su tarea. A mí me ocurre, por el contrario, que cuando tomo la pluma o comienzo a dictar, ya mi subconsciente durante días ha elab-

borado un plan, y, a veces, ha hecho también un inventario de los vocablos con los cuales intentar poner al alcance del más lego mi pensamiento. Vale decir que cuando opto por la zambullida, ya he eliminado las barreras mentales para poder empezar a nadar o a escribir.

El parangón que suele hacerse entre el parto físico y dar a luz la producción literaria es, en este sentido, afortunado. La gestación es la etapa creativa, y cuando la criatura aflora, no estamos haciendo otra cosa distinta de darla a conocer de terceros. De la cabeza a los pies se va armando el fruto en una labor que participa de la escultura y del bordado. La ventaja para el escritor, como para el pintor, es el privilegio de poder enmendar durante el proceso, a diferencia de lo que ocurre con la naturaleza humana sobre la cual la voluntad solo ejerce un precario dominio indirecto.

En mi juventud ejercí en forma ocasional el oficio de periodista al frente del periódico "El Liberal", que se editaba en Bogotá. Todavía recuerdo con angustia el transcurso de las horas frente a la página virgen, sin saber qué tema abordar o por qué ángulo aproximarse al tema de actualidad. Gracias a Dios, contaba con el concurso de mis interlocutores en la tertulia vespertina que me servían para acelerar en mi subconsciente el proyecto de discurso. Equivalían a los bañistas prematuros, tratándose de la piscina, porque me anticipaban, muchas veces sin darse cuenta,

la temperatura ambiente y me desbrozaban el camino por donde me podía comprometer en la creación literaria. Auncuando creo que la costumbre va camino de desaparecer, se justificaba la tertulia en la redacción de los diarios, como una etapa previa a la nota periodística. Los propios enciclopedistas como promotores de la Revolución francesa, ejercieron su influencia a través de la conversación y de la imprenta, y solo hasta finales del Siglo XIX se fue eclipsando el ejercicio intelectual que propiciaba la conversación. No otra cosa eran los llamados "salones" de la capital francesa frecuentados por las grandes plumas del Segundo Imperio y de la Tercera República, o los cafés madrileños en donde pontificaban los maestros de la generación del 98.

Los principales idiomas del mundo Occidental, el inglés, el español y el francés tienen cada uno su propio genio. Su peculiaridad literaria. El inglés tiende a ser conciso, y, auncuando una cosa se puede decir de varias maneras, ya sea apelando a palabras de ancestro latino o de estirpe sajona, como son todas aquellas que mediante una partícula pueden cambiar totalmente de significado, diríase que solo existe un giro estereotipado para expresar ciertos conceptos elementales. Muchos son válidos, pero el emplear el convencional revela la familiaridad con el genio del idioma. El español le paga al léxico un gran tributo lo cual le permite con su gran cantidad de sinónimos poner a prueba el caudal de conocimientos del escritor. El calificativo de "diserto" se predica de quien hace gala de un vocabulario muy rico y de abundancia de argumentos. El francés tiende a rescatar, mediante un adecuado manejo de los giros, vocablos arcaicos para situaciones presentes. El General De Gaulle, quien, a fuer de político y hombre de Estado visionario, tenía un gran dominio de la lengua francesa, administraba a la maravilla su inventario de anacronismos literarios.

He trajinado desde la adolescencia estos tres idiomas, y en especial el francés, idioma en el que hice mis estudios de bachillerato, pero prefiero el español, a pesar de no haberlo estudiado nunca a fondo. Si alguna destreza tengo con la pluma en castellano, se la debo a mi trato con los clásicos griegos y latinos

en la Secundaria y al estudio del Derecho en la Facultad de Jurisprudencia del Colegio Mayor de Nuestra Señora del Rosario. La legislación pública, en el caso de nuestra Constitución Política, fue obra de un gran humanista y filólogo, Don Miguel Antonio Caro. El Código Civil, inspirado en el Código Napoleón, supera en su factura literaria al modelo francés. Fue obra de Don Andrés Bello, el maestro de maestros en estos menesteres. La lectura y la práctica del Derecho acaban de ésta manera por ser una valiosa escuela en el aprendizaje de la lengua de Cervantes. El vocabulario jurídico es rico en matices, y la sobriedad en la construcción en los artículos de la Carta Política y del Código Civil son cátedra de permanente buen decir.

Por una singular paradoja, personas que han tenido una gran influencia en mi vida de escritor, como mi padre y Gabriel García Márquez, solo conocieron a distancia el idioma del Derecho, pero se ajustaron a sus más severos cánones en forma espontánea. De ellos aprendí a proscribir los superlativos y a abominar del mal uso de los pronombres. No solo el superlativo gramatical sino el superlativo conceptual, de tan difícil manejo. El "tremendo", el "formidable", el "importante", el "magnífico", de uso tan frecuente entre nosotros, está desterrado, salvo ocasiones excepcionales, de mis escritos. Son palabras que por cubrir demasiado acaban perdiendo vigor. ¿Qué quiere decir, al fin y al cabo, un hombre importante o un libro magnífico, o una situación tremenda? Son adjetivos desgastados por el excesivo uso.

Escribir o hablar en público con cierta donosura demandan gran paciencia y meticulosidad en la construcción de las frases y en el escogimiento de las palabras. Ciertas muletilas, como el abuso de los adverbios en "mente", afean la prosa en sentir de García Márquez, y yo he procurado seguir su ejemplo, no siempre con buen éxito.

Y, una última consideración: Para hacer un buen trabajo, se impone huir del facilismo, porque si el escritor aspira a que parezca natural el discurso va a ser necesario empeñarse en la elaboración de la prosa mucho más a fondo que cuando se escribe en forma desordenada o a vuelapluma. Raras veces la forma se divorcia del contenido. Un contenido sólido

impone una factura cuidadosa, y, si bien es cierto que algunas veces a primera vista una prosa elaborada puede disimular lo insustancial del contenido, con el tiempo queda al descubierto su vacuidad. Siempre recuerdo la advertencia de Madame de Sevigné a su hija en una epístola: "Te escribo largo porque no dispongo de tiempo suficiente para escribir corto". Sin censurar a quienes navegan en las plácidas aguas de las evocaciones nostálgicas,

procuro evitar deslizarme por la fácil pendiente de los recuerdos sobre mi infancia, mis parientes o mi pueblo. Pienso que es una debilidad enternecerse sobre su propia vida y brindársela al lector como una primicia literaria. Fue la lección que aprendí de un crítico tan sagaz como Hernando Telléz, quien me previno contra ésta inclinación de mi parte, cuando hacía mis primeras armas en las páginas literarias de "El Liberal".

